

¿Maestro o docente? Un hiato significativo

*Leticia Valverde Barrenechea**

*Reflexiones propuestas a los participantes de las
Primeras jornadas internacionales de pedagogía universitaria*

Universidad de Costa Rica, 8 de setiembre de 1992

No voy a exponer una conceptualización teórica sobre el tema central de este encuentro académico. Ustedes son los especialistas y yo he venido a aprender de ustedes. Se trata, más bien, de compartir con los distinguidos colegas una serie de inquietudes que me han venido surgiendo ante la observación de algunos síntomas -más bien de algunos hechos- que comenzaron circundando el quehacer pedagógico - (podríamos decir que desde los años treinta) - y que hoy por hoy parecen haberse ubicado en el núcleo de esta actividad, haciéndola conflictiva y con mucha frecuencia frustrante y hasta desdeñada.

Voy a referirme a una historia reciente, con el fin de ubicar, a partir de ella, la reflexión que vamos a compartir luego, cuando más tarde, dialoguemos sobre el tema.

* Licenciada en Filología Clásica, Profesora de la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura, a Universidad de Costa Rica

En el Primer Congreso Latinoamericano de Humanidades, efectuado en la Universidad de Costa Rica hace justamente do meses, me di cuenta de que, en prácticamente todas las ponencias que se presentaron, cada vez que se hizo referencia a los maestros y a los profesor" se utilizó el nombre "docentes"; y en no Pocas ocasiones, emparejado este término con una especie de queja por el maltrato con que la sociedad en general y los presupuestos nacionales en particular responden, en estos días, a la educación de los pueblos.

Al principio, la utilización del término "docente" como sustituto único de "maestro" o "profesor" comenzó a hacer mella en mi formación filológica, en el nivel -podríamos decir-intelectual. Al rato, el uso reiterado comenzó a filtrarse en otro nivel más profundo que el intelectual, como es el nivel de la vocación y de la emotividad; este es el nivel que impulsa y dinamiza la acción profesional que nosotros ejercemos en la Universidad de Costa Rica: es decir, como "profesores". Al principio -debo confesar- esta "molestia" que yo sentía, porque se involucraba toda mi vida universitaria, y la vida universitaria de mis colegas, en la terminología de "docente". Esa molestia me pareció como un absurdo hasta que caí en la cuenta: ¡claro! la palabra "docente" me estorbaba, no porque estuviera etimológicamente mal utilizada sino por la carga semántica que expresa: el verbo *doceo* o *docere* significa, simplemente, enseñar algo a alguien; no importa quién *enseña*, qué se enseña, a quién se enseña -y tampoco cómo se enseña, ni por qué, ni para qué. Literalmente, como participio de presente que es, quiere decir nada más "el que enseña". La palabra significa, por lo tanto, el oficio de enseñar; hace referencia a la ocupación habitual, al deber, a la obligación de todos los días. Y resulta que, lo que nosotros hacemos en las universidades con los jóvenes adultos, en los colees va con los adolescentes y en las escuelas con los niños, es algo muchísimo más allá que el simple ejercicio del oficio de enseñar. Es algo que trasciende cualquier referencia específicamente laboral porque, como declarantes de una profesión, nos enfrentamos minuto a minuto con personas individualizadas, con personas que, hurgan en nosotros, como seres humanos, y en nuestra formación académica, los paradigmas en que apoyarán su conocimiento, su responsabilidad, el respeto a sí mismos, el respeto a los demás, los valores éticos y morales y el sentido justo de su libertad, no importa si son adultos, jovencitos o niños pequeños de edad escolar.

Como filóloga que soy, conozco la fuerza de la palabra. Se sabe que, cuando la palabra se pronuncia o se escribe, ya se ha producido en el cerebro el procesamiento de la idea. El significado e y determina el significante, de la misma manera que el destello luminoso precede y determina el retumbo del trueno.

La palabra "docente" pareciera ser el sonido retumbante que a punto de apagar el significado de la palabra "maestro" y de palabra "profesor".

El término "docente" -me parece- vino a constituirse en el efecto sónico precedido y determinado por la fulgurante ideología colectivista que dio inicio a la era de la masificación de la cultura 'dental en este siglo que nos ha tocado vivir.

No se crea que estoy en contra de la universalización de la educación. Encuentro que éste fue un proceso histórico perfectamente lógico y completamente natural. Tenía que ocurrir así, ante la insoportable tensión promovida por las élites intelectuales y sobre todo económicas que anulaban a las grandes multitudes menos favorecidas, o del todo desprovistas de oportunidades para la educación y, -por lo tanto, para el desarrollo espiritual, político y material. A pesar de las guerras y el dolor -también masivo- de la primera mitad de este siglo, el siglo XX tendrá, sin embargo, su sitio de honor en los anales de la historia, por haber hecho masiva la educación, factor *sine qua non* de los sistemas democráticos, del respeto que cada quien se debe a sí mismo y a los demás, de la ética y del buen vivir. Pero ...siempre hay un pero..., casi casi de la misma manera que el desarrollo industrial se tragó al individuo al convertirlo en un instrumento mecanizado dentro del proceso de la producción en serie, casi casi -repito- ha ocurrido con el otrora "maestro" que se ha visto a punto de ser anulado como ser creativo y formador ante lo que se ha constituido prácticamente en una dictadura de las instituciones económicas y culturales y ante las masas estudiantiles de todas las edades, de todos los estratos económicos y sociales, convirtiéndose en, simplemente, un trabajador de la enseñanza; es decir, en el "docente", en uno de tantos que tiene el oficio - no *el arte*- de enseñar.

La colectivización ha sido, no hay duda, el signo de nuestro tiempo. Con sus ventajas, pero sobre todo por sus

graves consecuencias, no hay forma de soslayarla, aunque inconscientemente hagamos lo posible por ignorarla, A pesar de que nuestra América no vivió "in situ" las grandes guerras mundiales; a pesar de que mientras morían y sufrían millones de hombres, de mujeres, de niños, de ancianos, al otro lado del mar, los costarricenses dábamos vueltas en la retreta del Parque Central. Sin embargo, los ecos del miedo venido desde allá, junto con la decepción y la angustia existencial, llegaron a causarnos con el tiempo algo de aquella pérdida del sentido de la vida que ya en Europa se había generalizado bajo la forma de las más variadas manifestaciones neuróticas. No era para menos: el resquebrajamiento de los valores tradicionales y la falta de fe en el ser humano -también masivos como ha sido casi todo en el tiempo nuestro, porque también ha sido masiva la falta de fe en el ser humano- hizo mella en nuestro Continente. Sin embargo, a pesar de todos los pesares, la fe en la educación abierta, pluralista y genuina, en nuestra América jamás se resquebrajó. Recordemos la reforma universitaria de Córdoba, de 1918, con su concepción de autonomía y de apertura a las clases medias urbanas; ésta sirvió de émulo para las reformas de las otras universidades que hasta ese momento eran verdaderas torres de cristal de unos pocos privilegiados.

Recordemos -también en Costa Rica- la fundación de la Universidad de Costa Rica en 1940 y su reforma "ad universitateni ad humanitatem" de 1956. Recordemos la proliferación de colegios de segunda enseñanza entre los años sesentas y setentas. Todo el mundo podía estudiar, pero no todo el mundo podía enseñar: la improvisación de profesores y de maestros no era la mejor medida, pero era la única medida que se podía tomar ...y se tomó. Gracias a la fe en la educación. Ella fue la única que pudo salvarnos de aquellos ecos desalentadores del dolor de los mundos europeos y asiáticos. Tengo información de que algo así ha ocurrido en todo el continente americano y de que los países europeos no se han escapado tampoco de un deterioro en los resultados del proceso educativo. Por otro lado, no hay duda de que la colectivización del mundo gracias a los medios masivos de comunicación, nos puede llevar a todos a ser más humanos y más hermanos. Sin embargo, -de momento- el conocer la noticia de todos los días, la mayoría de ellas desalentadoras, con la imagen en vivo, en el momento mismo en que los hechos ocurren, en cualquier parte del mundo, no ha dejado de ser un factor adverso en la capacidad de lucha

personal para el cambio. ¿Qué se puede hacer -es el comentario universal- si en todas partes ocurre lo mismo? El genio terrorífico de la colectivización nos libra, sin duda, de la responsabilidad personal. Y mientras vemos la muerte de los hermanos, seguimos sonriendo y charlando frente al televisor.

Todo este fenómeno de la colectivización extrema, en alguna medida ha contribuido a desdibujar el sentido personal de la responsabilidad y a justificar, tanto la inacción individual como el amoldamiento acomodaticio a los imponderables de la época.

Así es como la persona ha corrido el riesgo de perder su personalidad y así es como el "maestro" y el "profesor" de las sociedades del presente hemos ido dejando de "moldear" y de "forjar" el espíritu personal y social de la época futura. Así es como una sólida escala de valores éticos se ha ido resquebrajando y perdiendo la solidez, indispensablemente necesaria, para fundamentar la educación, único basamento posible para la urgencia del cambio. Y es así como el nombre "maestro" se ha ido destiñendo en la amorfa masa del "docente" medio. Ahora bien: a pesar de las siempre insuficientes partidas presupuestarias, paralelamente al empequeñecimiento de la persona individual, las instituciones sociales y culturales se han consolidado y fortalecido. Por ejemplo, las universidades estatales han declarado en sus normas estatutarias, unos principios y unos fines admirablemente bien concebidos: una formación humanista y una especialización profesional, indiscutiblemente ceñida a los principios académicos más rigurosos. Una autonomía económica y organizativa garante de las libertades ideológicas y religiosas. Una libertad de cátedra y una disponibilidad permanente para lo bueno y para lo bello. Una garantía para la investigación y una acción permanente para devolver a la sociedad con bienes, con servicios (y ojalá con creces) la posibilidad material de su propia existencia. Institucionalmente y estatutariamente, todo es perfecto. *La buena voluntad institucional está constatada en el papel.*

En cuanto a los Ministerios de Educación -me refiero a Costa Rica, pero sé que similar fenómeno sucedió en otros países de nuestra América- ha habido vaivenes que siempre han reflejado la atmósfera ideológica de la época. Ahora, por cierto, están tratando

de lograr algunas correcciones de los errores de un pasado no muy lejano, pero sí muy complaciente y muy "complaciente" y sobre todo muy colectivista, que todos conocemos.

Recordemos la época de los años setentas, inspirados profundamente en la filosofía del "pobrecito". Eliminación de exámenes de bachillerato; sistemas evaluativos que eliminaban la responsabilidad personal del estudiante y las posibilidades de la excelencia académica. Esa fue la época en que los padres de familia comenzaron a comprar las llamadas asignaciones; fue entonces cuando los docentes -ya no más profesores y maestros- calificaban con las más altas notas a los niños y jóvenes que presentaban los "excelentes trabajos" que sus padres habían comprado en el mercado negro de las investigaciones escolares; fue en esos años cuando el niño contaba con mucho orgullo que él se había merecido un diez por su asignación tan correcta, y fue entonces, cuando los "docentes" y padres de familia, muy satisfechos por la alta calificación, comenzaron la enseñanza, no muy gratuita, pero sí casi obligatoria, del engaño institucionalizado y de la corrupción.

A lo largo de este siglo, las universidades estatales de la América nuestra, han dado la lucha por lograr cada vez más firmemente, la ruptura del llamado esquema napoleónico de organización universitaria, es decir, de universidades que no son sino conjuntos de escuelas profesionales y aisladas, carentes de los estudios humanísticos con objetivos utilitarios y profesionalizantes; sin investigación y sin acción social. Ese fue el logro fundamental de la lucha que comenzó en 1918 en Chile. Los logros de esta lucha son bien aceptados por la sociedad y constituyen un sano orgullo educativo.

Lo que quiero destacar, en definitiva, es que actualmente las sociedades se bambolean entre unos principios deseables, pero no alcanzados y unos fines fácilmente alcanzables, pero no deseados. En psicología profunda, esto constituiría el caldo de cultivo de la inestabilidad emocional y la neurosis. La sociedad está en crisis. Se nos han ido quedando perdidos unos ideales, entre esos esquemas colectivistas y esa masificación. Y las instituciones -me parece-a pesar de que cuentan con buena voluntad y buenos estatutos, por "alguna misteriosa razón" no logran satisfacer los objetivos, propuestos. Es así como se piensa en la posibilidad de que, quizás,

esa "misteriosa razón" está en las estructuras de las instituciones. estudian y se debaten los cambios estructurales y, por ejemplo, cuando se enfocan los Estudios Generales, se piensa que la "razón misteriosa" que no permite sus logros, está en el diseño de las asignaturas humanísticas, o bien en la cantidad de cursos, o en el momento apropiado de su impartición (si al principio o al final de la carrera), o en su horizontalidad o verticalidad.

Es una tendencia natural la de depositar en una especie de fantasma algo que pesa en el interior más profundo de cada uno *de* nosotros.

Cuando se piensa en la horripilante verdad de que muchos jóvenes, después de once años de estudios formales, llegan a la Universidad sin conocer las bases mínimas de ortografía y redacción, se piensa que la "razón misteriosa" puede ser el exceso de programas de televisión.

Un fantasma, una "misteriosa razón" que no sabemos en dónde encontrar cuando en un día de elecciones políticas, por ejemplo, las filas de votantes no avanzan porque los miembros que representan a los partidos en las juntas electorales, no pueden con el orden alfabético del padrón nacional.

La misma "misteriosa razón" aparece cuando el empleado de la tienda no puede hacer una suma o una resta si no es con la calculadora en la mano, o bien cuando el 49% de las personas entrevistadas por el canal de televisión a propósito de los desfiles estudiantiles de un 15 de setiembre, demostró no saber de quién nos habíamos independizado en 1821.

Podemos estar seguros de que cuando hay una crisis que resquebraja la conciencia social, siempre habrá un fantasma o una "misteriosa razón" que nos hace buscar lo que no queremos y que nos hace querer lo que no podemos lograr.

Yo propongo que esa "razón misteriosa" está -justamente-en el desfase que se da en el campo educativo entre los ideales y las teorías propuestas en los estatutos institucionales y la praxis académica que está en manos de los "docentes" -inocentemente masificados-. Y digo inocentemente masificados, porque ellos, con seguridad, fueron educados como una masa estudiantil, sin

haberse tomado en cuenta su propia potencialidad personal; seguramente fueron educados por "docentes" peligrosamente colectivizados en el oficio *-no en el arte-* de enseñar.

Y en este momento de mi reflexión pienso que en este foro debemos detenemos para meditar sobre las estrategias que nos corresponde definir, con el propósito de re-tomar y re-valorar la función primordial que ha de cumplir el profesor universitario que atiende, no solo la normativa pedagógica de la enseñanza universitaria en general, sino muy especialmente su tutela en cuanto a la formación de los "maestros" que habrán de "moldear" con *el arte* de la enseñanza, a los hombres y a las mujeres del tercer milenio. Nos faltan solamente ocho años. Es poco tiempo; pero sí es el tiempo suficiente para que, desde las aulas universitarias, principalmente desde las Facultades de Educación, se haga conciencia de que es al "maestro" a quien le corresponde la imponderable misión de hacer la patria del futuro, como en el siglo pasado -al menos en Costa Rica- fueron los "maestros" quienes hicieron la patria del presente. Esta patria que, como las demás patrias de nuestra América, se vio abatida por la gran ola de las ideologías colectivistas, pero que, sin embargo, no ha sido devastada del todo ya que, por sobre la colectivización y el posible desgaste consiguiente de la responsabilidad y la excelencia personales, aquellos verdaderos "maestros - formadores - forjadores" del pasado, sí supieron inculcar los valores imperecederos de la fe en la educación. Estemos alerta, y no olvidemos que la palabra adecuada, en el momento adecuado, cuando se escribe o se pronuncia, ha sido determinada por una idea también adecuada.

La palabra "maestro" -con su energética significativa- es la adecuación perfecta para corregir los yerros de la sociedad y para desarrollar las potencialidades humanas, verdaderamente humanas, de cada uno de los niños que individualizados, con sus propios dolores y alegrías, con sus propios errores y aciertos, con sus aspiraciones propias y con sus propias carencias, se presentarán en grandes multitudes —no en grandes masas- a aprender la cultura, la escala de valores, y a seguir el ejemplo de ética profesional de amor que resulta de la vocación y del conocimiento académico que resulta de la excelencia académica de la formación de su "maestro". Si desde las aulas universitarias se logra aumentar y afianzar la autoestima del "maestro" de hoy

tanto como la del que llega para ser el "maestro" de mañana, las desventajas de la masificación que se han expuesto, no serán más que las molestias insalvables del tránsito histórico de los privilegios de unos pocos, al beneficio de todos.

Procuremos ser y hacer "maestros" personalizados. Tengamos presente el peligro de "docentes" colectivizados.

La pedagogía universitaria -tema central de este encuentro- no debiera preocuparse tanto por lo que ya tiene bien controlado -las teorías pedagógicas, los diseños curriculares-. Sugiero que debe preocuparse más por meditar y concretar un plan, tanto intelectual como auténticamente *vivencial*, para lograr el re-nacimiento de *la única profesión* de la que las universidades y las personas libres no pueden prescindir. La profesión de la fe en el ser humano, la profesión de la disciplina y la ética, la profesión de la excelencia, en definitiva, la profesionalización y la profesión del "*maestro*".